

* La fealdad de los trenes, hecha poesía y pintura

Que Ceferino Olivé haya vuelto a Bilbao, a la Sala Arte, ha dejado de ser noticia hace tiempo. Porque sus visitas son frecuentes, y sus estancias artísticas, prolongadas. La noticia en Ceferino Olivé es su propio arte, que, siendo siempre el mismo —y eterno, como la sustantividad artística—, siempre encierra algo sorprendente, nuevo, distinto. Y lo sorprendente, lo nuevo, lo distinto es lo que constituye noticia.

Ceferino Olivé trae auestas de sus espaldas —un poco recargadas, de tanto acarrear arte— la novedad, la sorpresa, lo nuevo. Y la originalidad. Originalidad hasta en la conversación, en el tema sobre el que dialogar. Después de más de treinta años dirigiendo el magisterio de la pintura al agua, este hombre —El Pasmio de Reus— elude siempre la conversación directa sobre el arte, sobre su pintura, LOS TRENES.

—¿Y por qué no hablamos hoy de trenes? —me dice.

Creo que está bromeando, pues no veo una existencia de parentesco muy afín entre el arte pictórico y los trenes.

Parece que ha intuido mi pensamiento.

—Son muchas las personas que se extrañan de esta «challadura» mía por los trenes. Los trenes tienen un encanto especial, un trasfondo poético subyugante, encierran toda una filosofía de melancolía y de tristeza. ¿Has meditado al paso del tren? ¿Te has dado cuenta que la velocidad es el propio tiempo, o la vida, que en un instante deja de ser para ser otra vez y para volver a no ser?... El tren! Filosofía y poesía del tren! —Sí, realmente, muy profundo. ¿Y dónde encuentran la poesía del tren?

—Un bilbaíno ilustre me decía hace algún tiempo que el «tema tren» es muy pobre para el arte. Que carece de motivos. Que hay en él escasez de ritmo estético. Que anonada su tristeza y que aburre su monotonía de color. El tren tiene una poesía profunda, que radica precisamente en sus volúmenes cerrados, en su transporte de ilusiones... Para mí, el tren



Ceferino Olivé en plena tarea

presenta un tema —variadísimo, increíblemente diverso y atractivo. Para pintar, no todo ha de ser vivo de color. También se puede hacer arte —y de hecho se hace— amalgamando los grises con los sienas.

Salió el pintor. Pero ustedes habrán comprobado aquel aserto del principio: «No jamás Ceferino Olivé habla directamente de su arte. Lo deduce. Lo deriva. Lo intuye. Porque ve poesía en lo menos «poetizable», como es un tren.

EL TUNEL DE CANTALOJAS

—Ya que te empeñas, siga.

mos con los trenes. Recuerdo haber visto en un periódico de Madrid, durante la última exposición, la fotografía de un cuadro tuyo que tenía por tema el túnel de Dos Caminos, tomado desde la boca de Cantalojas. Era bellissimo, para qué negarlo. ¿Cómo pudiste pintar aquello, desde un lugar tan oscuro y tan escasamente evocador?



—Lo pinté desde una hornacina de defensa, tan corriente en los túneles. Y tenía como vigilante permanente a un guarda-agujas fuera de turno, que avisaba todos los pasos de las cercanías... Por cierto que aquel cuadro se lo llevó la bailarina rusa Tamara Polenka, que estaba actuando con su ballet moscovita en Madrid.

—Los temas de Bilbao y Vizcaya, que tanto prodigas en tus exposiciones por otras capitales, te los adquirieron vizcaínos residentes en aquellos lugares.

—No es corriente. ¿Verdad que un «Puente de San

Antón» expuesto hace unos meses en Madrid fue a parar al bilbaíno don Angel Macazaga; pero los otros siete se los llevaron gentes de distintos lugares de España, pero que tienen y confiesan una enorme devoción por el Bilbao industrial, marítimo, financiero, «cristal, f...» histórico...

EL DEPORTE AL AGUA

—A propósito. Sé que en Valencia presentaste últimamente, en el Círculo de Bellas Artes, varios temas ciclistas.

—Sí, cinco temas, con ciclistas en plena tarea sobre el asfalto, en acción sobre puerto... Una carrera ciclista tiene un maravilloso encanto de color, es muy jugoso de líneas. Uno de aquellos cinco temas —en plena lluvia, con un variadísimo juego de grises y verdes— fue destinado a una colección de temas deportivos.

—¿Cuándo los veremos en Bilbao?

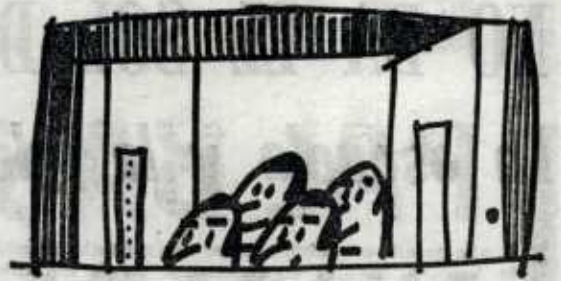
—Lo intentaré para una próxima exposición, y créeme que no me disgustaría limitarla a los trenes, al ciclismo y a la aviación. Son motivos de una atracción pictórica extraordinaria.

Ceferino Olivé es algo increíble. El «Pasmio de Reus» saca tema artístico de una tremenda fealdad. Pero ahí está el mérito: en el embellecimiento de las fealdades. La pintura —como la novela para la Pardo Bazán— es la propia realidad vista a través de un temperamento. Y en Ceferino Olivé no hay más que temperamento artístico. Un temperamento artístico «sul generis», que podría definirse como «ceferismo», que suena mejor que «olivéismo».

ANGEL VIRIBAY

CUATRO HOMBRES EN UN ASCENSOR

(«DRAMA» DE LA VIDA REAL)



En el ascensor, cuatro personas: un periodista, un viajante, un empleado y un impresor. Los cuatro bajan en esa cabina cuyo ruido aún se oye con música de fondo hasta que de pronto... ¡Chask!

El ascensor se detiene entre dos puertas. Un silencio angustioso sucede al interrumpido run-runeo del motor. Son las dos de la tarde y ya no hay nadie en el edificio.

Los cuatro hombres encerrados en la cabina comienzan por apretar un botón, después otro, luego todos los demás. Incluso el timbre de alarma. Inútil. El timbre de alarma tampoco funciona.

—¿Qué vamos a hacer?, pregunta el empleado con cierta inquietud. Yo tengo que ir a comer para volver a trabajar a las tres y media...

—A lo mejor es que se ha quedado en un punto muerto, dice el impresor, que es el que más acosado por el ascensor. Si saltamos todos a la vez quizá podamos moverlo un poquito y hacerle andar.

La sugerencia no es bien recibida. Todo el mundo considera una cabina de ascensor como una delicada pieza y prefieren dejar los saltos para cuando regresen a tierra firme.

El viajante, que es hombre de acción, se impacienta y con cierto nerviosismo comienza a presionar timbres y más timbres.

—No se moleste, dice el empleado. Todo es inútil...

La palabra inútil queda cortada por un brusco movimiento de la cabina, que da un salto hacia abajo. El hombre quita el dedo del botón como si quemara.

—¡Siga, siga, le animan todos!

Vuelta a apretar el botón y otro saltito hacia abajo. El ascensor tiene por lo visto el motor tartamudo y así, a saltos, como las ranas, va bajando poco a poco. La escena, en medio de todo no deja de ser grotesca, porque los saltos del ascensor obligan a hacer movimientos de baile sicodélico y el horno no está para bollos. Ni el ascensor para bailes.

—¡Animo, que ya llegamos a la puerta!

Y, en efecto, llegan a la puerta, pero allí les espera otra desilusión. La puerta tampoco funciona.

El periodista se encampana:

—Escribiré un artículo contra los ascensores...!

—Ustedes —dice el empleado, malhumorado— todo lo resuelven escribiendo artículos. ¿Como si alguien hiciera caso de sus artículos!

—¡Subimos! ¡Subimos!

La voz jubilosa del viajante anima al grupo. El hombre sigue empeñado en tenerle confianza a los botones y uno de ellos funciona. La cabina sube hasta el piso número siete y allí se detiene.

El grupo se queda en silencio. En todas las mentes cosquillea la misma incógnita: ¿funcionará la puerta?

Por si acaso, el representante del cuarto poder pretende hacer uso de unos «privilegios sospechosos»:

—¡Los periodistas somos primero!

La puerta funciona, se abre y los cuatro hombres salen de un salto a la tierra firme del descansillo y se abrazan con efusión entre enhorabuenas y parabienes, haciendo el propósito de bajar andando.

De pronto, el empleado, que —desmintiendo una vieja e injusta tradición— resulta ser el más audaz del grupo, propone:

—Miren. Ya funciona. ¿Por qué no bajamos?

El periodista, por aquello del prestigio profesional y por los siete pisos, se apunta:

—Venga. Vamos.

Y ante la mirada expectante de los dos desertores del grupo, empleado y periodista entran en la cabina y aprietan el botón.

El ascensor, que se ha cansado, por lo visto, de ser formal, vuelve a las andadas y, saltando, saltando, saltando hacia abajo, se queda entre el piso cuatro y cinco. En la cabina reina un silencio de sepulcro, mientras que por la escalera suenan unas carcajadas de esas que se califican con el adjetivo de despirrantes.

Cuando los dos rescatados llegan al portal, dudan entre irse a casa o echar una mano a los prisioneros. Al fin, los sentimientos humanitarios triunfan y, a falta de recursos más ortodoxos, el viajante pega una patada en la puerta metálica.

El ascensor es como los colchones y las mujeres sin promocionar: se ablanda al palo y baja sumiso y runruneante mientras el viajante subraya el éxito con una frase de antología:

—¡No te amuela, el tio...!

Los cuatro protagonistas de la aventura están ya en la calle. Hay en el grupo su mija de pitoreo:

El impresor, con una sonrisita socarrona, propone:

—¡Subimos otra vez?

Pero no es cosa de dejarse pisotear el amor propio impunemente. El periodista, por aquello que hemos dicho antes, se hace el duro y responde al reto.

—Si me dejan ir a buscar una bota de vino y unos naipes, trato hecho.

Pero su fanfarronada no tiene el resultado apetecido. El pitoreo aún continúa cuando los cuatro se despiden para irse a su olivo:

—No olvide escribir el artículo sobre el ascensor —le recuerda el viajante desde lejos.

Y no lo ha olvidado, como pueden ver. Lo prometido es deuda.

OLMO

SEIS NUEVOS DISCOS VASCOS



El mes pasado publicamos una nota sobre la aparición de tres nuevos discos vascos y ahora vamos a dar conocimiento a los aficionados a la música en conserva de la aparición de otros seis nuevos discos. Puede ocurrir que hayan aparecido más, pero lo cierto es que estos seis son los únicos llegados a nuestras manos.

Los discos recibidos y citados con muchísimo gusto, son tres vizcaínos y tres guipuzcoanos.

Los tres discos vizcaínos, o mejor dicho editados en Bilbao por Cinsa son los siguientes: «Ameslariak» y es el segundo disco de este conjunto guipuzcoano, concretamente de Villarreal de Urrekuia, compuesto por Inaqui Arriarán, Xabier Idigoras, Justo Idigoras, Ramón Arbizu y José Luis Mendia. Este disco se compone de cuatro canciones: «Martin Luther-i Kantas», o sea un homenaje a Martin Luther King; «Go Marchin», canción popular inglesa; «Biafra» y «Bidean Galdauk», de Ninna y Frederik. Son, pues, canciones de tipo protesta o social, la letra es clara y la música muy buena. Una buena salida de este popular conjunto.

«Motriko Txarra Biko-tea». Este disco de un conjunto de Motriko (Guipuzcoa) compuesto por Rosita Ojanguren y Eusebio Azcue con acompañamiento del conjunto: Luis Sanjuán, Antón García, Txabi Villaberré y Jerry Bilbao, es el primero que lanzan. Las canciones son cuatro: «Loverik Ederrenak», de Ninna y Frederik; «Arro-keria», de Cecilio Pagoaga; «Ana», de Nemesio Echániz, y «Zuri Bakarrak», de Ninna y Frederik y Cecilio Pagoaga.

La música es muy melódica, alegre y bien llevada y la dicción del vascoense muy clara. El sentido de las canciones es poético. «Ezan zaldazu ezaniza gabe, maite nautzula pika-bate» (Dime sin vacilaciones que me amas...).

«EGURROLA». Ya tenemos otra vez entre nosotros al guerniqués Bittor Egurrola con un disco en homenaje a Ricardo Arregui. Egurrola, el se lo guisa y él se lo come, pues la música y letra es suya. Solamente el arreglo y dirección es de Rafael Perro. La primera se titula «Gernika-ko Arbola», pero no es la popular de Iparraguirre, sino una acusación de que el «Gernika-ko Arbola» es da bedetkatun, euzkaldunen artean gutxi dardun, o sea que no es amado por los vascos, sino olvidado. La atribuye al «ondo jan eta bizi goazen lotara», es decir, que la gente se preocupa del dinero, de comer y de beber y no quiere preocupaciones.

«Andereñio» es un homenaje a las chicas trabajadoras en el silencio de los pueblos «Txalota daigun danok, euren lan irria».

«24 urte» o sea «24 años», es un canto al idealismo y a la búsqueda de las auténticas fuentes de la comprensión del pueblo. «Zer egin, zer esan, herria ulertzeko?» (¿Qué hacer, qué decir, para comprender al pueblo?).

DISCOS GUIPUZCOANOS

Los otros tres discos son de la editorial Herri Gogoa, de San Sebastián. Son como todos los guipuzcoanos, de alto nivel intelectual y se inclinan hacia el versolarismo, fenómeno de marcado carácter guipuzcoano y que tanto cultivan y tan bien en aquella provincia.

«ENERAK» es un nuevo conjunto que ha lanzado su primer disco. Una canción es original de ellos: «Baitan ez» (pero no) y es de acusado carácter poético y algo pesimista. «Baitan ez, Zertan egin amets? Gure poza ondara leike erre?» (Pero, no, ¿para qué sonar? Nuestras alegrías pueden desaparecer rápidamente).

Las otras dos canciones son tradicionales: «Solferino-ko itsua» (El ciego de Solferino) y «Amas». El rasgo de estas canciones, al ser antiguas, es duro y si no vean la terminación de «Amas». «Zer? Kantatu gaberik behar nize, ba, egon? Hil direneri kantua ez ote zait on?» (¿Qué? ¿Debo estar acaso sin cantar? ¿Es que a los muertos acaso no les agrada el cantar?).

«IRIGARAI». Otro disco de uno de los del famoso conjunto «Ez dok amarru», José Angel Irigaray. Buena voz, excelente música y profundo contenido.



«Urak dakarrena» (Lo que el agua trae), «Begirako» (Los ojos), «Herri behera» (Ribera), «Miña eta Griña» (Dolor y Pasión).

«JUAN MIGUEL», este Juan Miguel es de Pamplona y también se apellida Irigaray, pero es nieto del famoso médico y vascofilo Pablo Fermín Irigaray, que ahora hace cien años que nació.

Las cuatro canciones son de tipo versolar, «Haizean dabilla» (Vuela al viento), de Bob Dylan; «Emazte bat Nahi zuen» (Quería una esposa), de Yarrow Stookey; «Zer Naiz tu Gabe» (Qué soy sin ti), de Luis Aragón-Jean Ferrat y una original de Juan Miguel «Arkitzea» (Encuentro). Esta última es un poco ingeniosa si bien la salva el buen gusto al cantarla. Atiendan al final. «Nik maite zaitut, bihotzean izain betiko». (Te quiero, siempre estarás en mi corazón).

En conjunto, como podrán observar, no hay canciones populacheras. Todos quieren decir algo. ¿Lo consiguen? Eso el público lo dirá comprándolos. El pase por taquilla es el índice más apreciable en estos casos.

MUNITIBAR